

LA LIBERTAD DE QUERER

De la expresión “todo empieza cuando tú quieras” es la naturaleza de ese “querer” la que sin duda resulta más fructífera al pensamiento, y ello porque es la más recóndita a nuestra conciencia, la menos evidente para nosotros. Paradójicamente, es su omnipresencia la que nos la oculta. Ocurre como con la metáfora del cristal: si desde nuestro nacimiento hubiéramos llevado unas lentes de color azul, nuestro mundo sería azul. Y, del mismo modo que solo un repentino golpe que quebrara el cristal nos haría ver el propio cristal y tomar conciencia de que hay algo intermedio entre nuestra mirada y lo real, solo un golpe de pasado, por así decir, nos puede hacer ver a nosotros hasta qué punto la absoluta omnipresencia del “querer” en nuestras sociedades es una conquista reciente. Un cristal que, en la mirada de los hombres y mujeres de otros tiempos, jamás estuvo ahí.

Nuestra realidad – la realidad occidental del siglo XXI - es una realidad eminentemente *volitiva*: todo se presenta a nuestra conciencia en forma de alternativas, de opciones, de posibilidades. Ese todo que se ofrece a nuestra voluntad es absoluto: empieza en lo material - podemos elegir relojes, móviles, coches, alimentos, ropas, deportes, lecturas, artilugios, adornos... la oferta es en la práctica infinita – pero desemboca en lo que no lo es: la política, la religión, la pareja, las amistades... todo lo que en otras sociedades era tradicional, sagrado y por lo tanto inmutable, en nuestra cotidianeidad es pasajero, azaroso, voluble. Todo lo podemos elegir.

La concepción del ser humano que a nosotros nos parece natural – el hombre como animal que quiere, que desea, que anhela: *homo volens* - resulta considerablemente extraña en otras culturas y era, desde luego, ajena a las sociedades de antaño. Como en tantas otras cosas, fue probablemente la Grecia antigua la que marcó el momento en el

que todo cambió. Los primeros sabios, los primeros científicos y los primeros pensadores – cosas todas que en la época significaban lo mismo y por tanto se decían de la misma manera: amantes de la sabiduría, *philo-sophos* – tuvieron todos algo en común: fueron grandes viajeros. Como se ha señalado muchas veces, eso influyó en su pensamiento, pero, al hacerlo, modificó también su disposición volitiva. Y ese ideal intangible que hoy denominamos libertad es en buena medida el resultado de ambas modificaciones.

El mejor ejemplo es probablemente Jenófanes, que vivió poco antes que Sócrates. Hace dos milenios y medio, Jenófanes viaja y entra en contacto con los etíopes y con los tracios. Y observa que los dioses de los etíopes son negros, y que los de los tracios son rubios y de ojos azules. Y observa también que sus propios dioses – Zeus, Atenea, etc. – son como es él mismo y como son los demás griegos. Y concluye que, si los caballos pudieran pintar, pintarían a sus dioses como caballos.

Esta simple observación supone un cataclismo, una fractura en la historia del pensamiento. Si cada pueblo ha forjado sus propios dioses a su imagen y semejanza, y si todas esas divinidades son obviamente falsas... ¿por qué van a ser verdaderas, naturales y eternas las mías? Surgen preguntas que ya no se pueden responder desde la tradición. Y en ese vértigo que genera la ausencia de las viejas respuestas germina la libertad, que ni está dada – hay que construirla – ni es idéntica para todos, pues cada uno la edifica a su propio modo. De nuevo paradójicamente, solo al observar a los otros me empiezo a conocer de verdad a mí mismo.

Nada de extraño tiene, por eso, que en Atenas surgiera la primera Democracia de la historia. Si la tradición ya no sacia nuestros interrogantes, si ninguna voz es más válida que la otra, entonces sólo nos queda el *Ágora*, el espacio común donde entre todos nos damos las respuestas. La voluntad del *demos*, lo que el pueblo quiere, ya no viene dictada ni por la costumbre, ni por los sacerdotes, ni por los guerreros. La voluntad se construye

entre todos. Y, por primera vez en la historia de la humanidad, todo empieza cuando nosotros queremos.

Ese ideal de democracia llega hasta nosotros. Y sólo puede pervivir en un horizonte antropológico en el que la vida no está dada, sino que ha de elegirse y, por tanto, quererse. El mero hecho de querer es una conquista que no vemos. La humanidad ha vivido la mayor parte de su historia atada a un mismo y único horizonte, a un mismo y único dios, a una misma y única rutina. Las sociedades antiguas no podían querer otra cosa que lo que la tradición les imponía querer. En su cotidiana conciencia vital no existía siquiera, ni como mera posibilidad, la aprehensión de otras opciones, de otras rutas, de otras alternativas. Todo estaba dado, no había márgenes ni grietas. El milagro griego, el milagro del conocimiento y de la ilustración, fue y es la libertad. La libertad es la que nos permite querer.

Y con la voluntad, ciertamente, todo empieza. Nos elegimos, de hecho, a nosotros mismos: en eso consiste nuestra vida. El *querer* es así el vínculo que nos une hoy al mundo. Nuestro universo es un universo de opciones. Nuestra psicología, nuestra concepción del ser humano, es *preferencial*. El mundo es un bazar – no solo de cosas, sino sobre todo de proyectos - y la voluntad es el tamiz a través del que puedo hacer más unas u otras de las innumerables posibilidades del mismo. Le hemos dado la vuelta, transfigurándolo, al mismísimo *cógitio* cartesiano: existo, luego quiero. Y si puedo querer y elegir soy libre. Sólo entonces es posible un universo en el que todo empieza cuando tú quieras.